

# MARXISMO EN MÉXICO, 1917-1925

*Harry BERNSTEIN*

LA HISTORIA MEXICANA del marxismo entre los años 1917 y 1925 merecería ser mejor conocida. La experiencia de la tolerancia política, que dejó decir todo cuanto quiso a un dogma tan dinámico y expansivo, nos permite ver una fundamental actitud de libertad justamente en los años más peligrosos de crisis, de guerra civil y de revolución. El hecho de que el gobierno mexicano haya permitido el estudio del marxismo y la agitación marxista-leninista durante los años en que el gobierno de los Estados Unidos y los de la mayoría de los países europeos legislaban contra tales fuerzas, puede significar dos cosas. La primera, que México estuvo asociado no sólo desde el punto de vista cronológico, sino también desde el punto de vista de la simpatía, con las revoluciones de Rusia y de China (y es esto lo que solían proclamar los enemigos y críticos de la República Mexicana). Pero también puede significar que el nacionalismo criollo, recién nacido en México, se sentía ya muy seguro de sí mismo, y no necesitaba de medidas represivas ni de arrestos o destierros para sus ciudadanos marxistas.<sup>1</sup>

Las fechas que aparecen en el título del presente estudio tal vez necesiten una pequeña explicación. Son ellas las que señalan el período áureo del marxismo en México. No hay, antes de 1917, una prehistoria marxista en este país, como la hay, por ejemplo, en la Argentina. Y después de 1925 se observa una decadencia general, aunque es cierto que hay breves períodos en que se renueva la boga del marxismo, especialmente entre 1936 y 1943; pero estos años no son, por ahora, el objeto de nuestro estudio. De 1917 a 1919, el marxismo mexicano adoptó una forma y una línea de conducta determinadas, recibió ayuda económica, consejos y dirección

por parte de ciertos "compadres" de dentro y de fuera, y entre 1923 y 1925, sus años de máxima actividad, realizó un intenso trabajo en las líneas del partido, proclamó el reconocimiento y la asociación con la Rusia soviética e imprimió periódicos doctrinarios.

Existe una asociación cronológica entre las revoluciones mexicana, rusa y china, y, para algunos, existe incluso una verdadera conexión entre las tres. Es innegable que estos movimientos revolucionarios ofrecen ciertos puntos de comparación, pero justamente uno de los objetos del presente estudio es ver si cabe o no conceder al internacionalismo un peso mayor que al nacionalismo en la formación del marxismo mexicano. Unas veces la influencia extranjera en México fue rusa, y otras veces fue asiática (del Japón y de la India). Pero hay asimismo fuentes norteamericanas, e inclusive alemanas. Con posterioridad a 1920, varios sociólogos importantes buscaron y encontraron el eslabón perdido entre las revoluciones europeas y asiáticas y las del hemisferio occidental. Es preciso mencionar sobre todo a los norteamericanos E. A. Ross y John Dewey, y al alemán Alfons Goldschmidt, quien empleó, para estudiar los problemas mexicanos y centroamericanos relativos a la tierra y a la sociedad, las mismas herramientas marxistas que Karl Wittfogel había empleado para China.

Pese a la importancia de las ideas en la historia moderna, y no obstante el impacto del marxismo y del antimarxismo sobre la historia de la Europa occidental y del hemisferio americano, el historiador de este tema se encuentra bastante solo en un desierto privado de fuentes documentales. Aquí y allá se distingue una mancha de verdor, y hacia ella se apresura a correr para apagar su sed de conocimientos, pero nunca se trata de un campo fecundo en que poder trabajar a fondo. Los materiales necesarios para el estudio racional y serio del marxismo en México —y otro tanto hay que decir para todo el resto de Hispanoamérica, con excepción de la Argentina— son muy escasos, y, cuando no están destruidos, se han perdido o extraviado. No se han escrito aún diarios o memorias, el papel de los periódicos se ha hecho quebradizo por el tiempo

transcurrido, y los panfletos y manifiestos están arrojados a los cuatro vientos —cosa natural, pues para eso se imprimen. Por otra parte, los hombres han mudado de credo. El historiador que sigue esta vereda tiene que proceder con mucho cuidado, y excluir debidamente a aquellas figuras marginales a quienes los conservadores, los apegados a una fe religiosa o los simplemente despreocupados aplican de buena gana la etiqueta de bolcheviques o de compañeros de ruta, sin que lo sean en realidad.

DESDE EL PUNTO de vista del trasfondo o de los antecedentes del marxismo en México, poco se puede descubrir con anterioridad al año 1900. El nacimiento, el decurso y el ocaso tienen lugar casi totalmente dentro del presente siglo, y aun dentro de la generación actual. En efecto, no se ve que tenga mucho sentido presentar al socialismo utópico y al socialismo cristiano como precursores ideológicos de la variedad teuto-rusa (es decir, marxista-leninista) del socialismo, por mucho que el siglo XIX nos presente un preludeo en la generación de 1848 y en la iniciación del movimiento sindicalista mexicano a partir de 1890.

Cuando llegamos al nombre y a las actividades de quienes llevaron efectivamente el marxismo del terreno de la filosofía al terreno de la práctica mediante la constitución de partidos socialistas, tenemos que escoger de manera definitiva entre Pablo Zierold, mencionado por un reciente investigador,<sup>2</sup> y Adolfo Santibáñez, quien es presentado como el verdadero iniciador por el norteamericano Lynn Gale, que fue uno de los que participaron en el establecimiento del comunismo marxista. Gale parece ser una autoridad muy digna de crédito. En efecto, no sólo tuvo un papel personal muy activo en los hechos, puesto que se ocupó de la organización del marxismo en la ciudad de México desde el año 1918,<sup>3</sup> sino que fue precisamente él quien se esforzó por ganar a Santibáñez para la causa del comunismo enérgico, haciéndolo abandonar el socialismo mitigado que anteriormente profesaba. Mientras no se publiquen y se conozcan mejor las fuentes mexicanas, será imposible fijar de manera clara los hechos

relativos al nacimiento y al primer desarrollo del socialismo marxista en este país.

En cambio, es mucho más lo que se conoce y puede decirse acerca del comunismo marxista; tanto, quizá, como acerca del comunismo anarquista, y, desde luego, mucho más de lo que se sabe sobre el socialismo. Afortunadamente existen algunas fuentes y hay bastantes hechos bien comprobados. Por ejemplo, es evidente que los líderes marxistas de la "camada internacional", esto es, los marxistas-leninistas, comenzaron ya en 1918 a entrenar a los marxistas mexicanos dentro de los principios y tácticas de agitación revolucionaria elaborados por los dirigentes germano-rusos. Los misterios de la dialéctica de Marx fueron revelados por extranjeros, provenientes algunos de ellos del Japón y de la India, lo cual sugiere ciertos vínculos entre los radicales mexicanos y los asiáticos.

Las fuentes, aunque escasas y difíciles de localizar, permiten trazar, por lo menos, el cuadro siguiente. Los marxistas japoneses, rusos, alemanes y norteamericanos dieron un impulso, trazaron una ruta y elaboraron un programa, con los cuales trataron de reemplazar o desafiar a la Revolución mexicana, con su Constitución radical de 1917. Hacia esta época no había comunismo en España, y el partido socialista español tenía que atender a sus propios problemas, de manera que no hay ninguna conexión entre España y el marxismo mexicano, mucho menos una influencia de aquélla en éste.

Por la escena mexicana pasaron varias figuras curiosas y aun célebres de Europa y de Asia, por ejemplo Sen Katayama, el líder de la ideología y la política marxistas en el Japón, K. Ishimoto, otro organizador radical del mismo país, Lynn Gale, el ya mencionado periodista neoyorquino, Rabindranath Roy, dirigente hindú, y Borodin (Mijail Markóvich Gruzenberg), el ruso que tan importante papel desempeñó asimismo en la revolución china. Al lado de éstos hay que mencionar a los sindicalistas norteamericanos. Los Estados Unidos, gracias a los proyectos de ley de 1917-1918 y a las leyes anti-rojas de 1919, contribuyeron inesperadamente a engrosar las filas marxistas al Sur de la frontera. Sin embargo, el número total

de estos expatriados políticos no es muy crecido; por otra parte, hacia 1924 y 1925 había cesado ya el flujo inicial de doctrinarios extranjeros, dejando el sitio a los mexicanos, es decir, a líderes de habla española, como Xavier Guerrero, Rafael Ramos Pedrueza, Diego Rivera y Hernán Laborde, así como a otros marxistas de tipo más independiente, como Narciso Bassols y Vicente Lombardo Toledano. Estos seis eran los mejor preparados para tomar en sus manos las riendas.

Cuando los sindicatos se acercaron al socialismo, uno de sus líderes, Luis Morones, que no tenía mucho de marxista, luchó por mantener separadas la doctrina y las prácticas de la clase obrera. La incapacidad de ganarse a los sindicatos y de dominarlos explica otra de las diferencias entre la historia del marxismo ruso y chino, por una parte, y el desarrollo del marxismo mexicano por la otra. En virtud del impacto ejercido por las ideas sobre los intelectuales es, además, imposible pensar que la evolución del marxismo en México, como el de la Argentina, pudo haber seguido el curso más apacible y revisionista del socialismo para desembocar en las corrientes de la Segunda Internacional. Pero la Revolución rusa cambió todo aquello. La victoria de los soviets y el gigantesco prestigio de la pequeña figura de Lenin levantó en México grandes oleadas de discusiones, desmembró al poco maduro y nada experimentado grupo socialista, acarreó una desdénosa sonrisa oriental para sus enemigos, los comunistas anarquistas, y procuró atraer a ambos al flamante Partido Comunista de México.

Los fundadores del partido lanzaron sus conocidos métodos de organización entre los campesinos y se esforzaron por armarlos; crearon movimientos de la juventud en una América hispánica ya de suyo sensible a los desórdenes estudiantiles y universitarios, y propusieron la organización de nuevas federaciones obreras, bajo la inspiración de ciertos mensajes enviados a México por el periodista soviético Karl Radek, quien ya había propuesto, en germen, la idea del frente popular. Ésos fueron también los años en que el notable marxista Nicolai Bujarin escribía sus opúsculos, los cuales, como el *Estado y Revolución* de Lenin, tenían por objeto

la conversión de los anarquistas. Las obras de Bujarin se tradujeron al español. La brillante imagen del marxismo ruso lució con más esplendor aún en 1924, cuando el gobierno mexicano reconoció a la Rusia soviética. Los intelectuales sintieron que hablaban "el mismo lenguaje" que los dos primeros embajadores de Rusia en México, Estanislao Pestkovsky y la famosa Madame Kollontay.

EN EL CONGRESO socialista de agosto-septiembre de 1919 se estableció contacto entre las fuerzas marxistas interiores y las exteriores. Muchos marxistas extranjeros se mezclaron con los simpatizadores y partidarios mexicanos. En lucha contra ese potente rival que era la Revolución mexicana, fuerte desde el punto de vista social y sentimental, el vigoroso talento intelectual del marxismo, ayudado por norteamericanos, rusos, japoneses y alemanes, trató de ganarse las simpatías del pueblo. En 1919 apareció el periódico *El Comunista*, de breve vida. Sólo en 1924 se fundó el periódico marxista más conocido de México, *El Machete*. En esa época el secretario del Partido era Hernán Laborde. Desde 1919 hasta 1924, como también en años posteriores, la táctica del marxismo en México originó peleas, polémicas personales, segregaciones y rupturas. La maldición de Caín cayó sobre el marxismo, cuya política de lucha de clases y de trastorno social se vio reflejada en continuos pleitos, purgas, vituperios y martirios dentro de los cerrados círculos del Partido.

La batalla más enconada de aquellos primeros años produjo en 1919 la desintegración del congreso socialista y el establecimiento, de acuerdo con los sistemas continentales y mundiales, del Partido Comunista, con José Alien como secretario.<sup>4</sup> Por esa época Lynn Gale era uno de los principales dirigentes del ala revolucionaria del marxismo; en 1919 cambió el nombre de su revista por el de *Journal of Revolutionary Communism*. Gale escribió que se sentía "orgulloso de estar a la vanguardia del movimiento bolchevique en México", y participó de manera activa y enérgica en el congreso socialista de 1919. Hizo todo lo que pudo por convencer a socialistas como José Arce y Santibáñez de que formaran parte, junto

con él, del comité ejecutivo del Partido Comunista de México. El periódico que Gale publicaba en español, *El Comunista*, fue el primer órgano de ese tipo antes de la fundación de *El Machete*.

Debido a las continuas luchas, rivalidades y pugnas teóricas, es muy difícil precisar, en ese primer período, cuáles fueron la línea de partido, el sistema de elecciones y la dirección política, y en qué circunstancias otorgó su reconocimiento la Tercera Internacional. A petición de los dirigentes norteamericanos, la Internacional dio su reconocimiento al grupo comunista mexicano encabezado por Allen. En 1920 Jorge Barreda fue nombrado secretario de una Agencia Comunista Panamericana, con centro en la capital mexicana. No sabemos si esos dos grupos y secretarios eran rivales. Tampoco podemos saber si las disputas y calumnias que se cruzaron entre Lynn Gale y Luis Morones fueron más violentas que la habitual guerra de palabras entre las facciones del Partido.

Los acontecimientos —derrotas, luchas, reformas de la línea de partido— que tuvieron lugar en Rusia, Hungría, Alemania y Polonia entre 1920 y 1922 provocaron en México enconados debates y muchas defecciones. También los sucesos puramente mexicanos, como el programa de la Revolución de 1917, la Constitución, el encumbramiento de Obregón y el prestigio de Carranza tuvieron hondas repercusiones y pusieron a prueba la lealtad de muchos. Por otra parte había problemas económicos, como las rentas, los salarios, la reforma agraria y los sucesos de Yucatán y Veracruz, que hacían de México, más aún que de Rusia y de la Europa oriental, el foco de discusiones y el terreno apropiado para ejercitar diversas tácticas. Por último, la acción política, la posición ante las elecciones y la alternativa del sistema anarco-sindical y del sistema de gremios abrió ancho cauce a enconadas disputas.

En 1920, en su esfuerzo por ganarse a los socialistas, a los anarquistas y a la clase obrera, el comunismo marxista lanzó en la capital mexicana un agudo manifiesto que abogaba por que la idea de “un gran gremio” se transformara en la idea más marxista de “un gran Estado de la clase obrera”.

Así, en las páginas de su periódico Gale acusó de farsantes a dirigentes como Rabindranath Roy, José Alien y otros, que surgieron a raíz de la visita de Borodin a México.

Hubo muchos debates teóricos. Gale veía a Carranza, a De la Huerta, a Carrillo Puerto y a Zapata con más simpatía que muchos de sus camaradas, más intolerantes, y, basándose en la obra de Karl Radek, sostuvo hasta cierto punto la idea de que en los países insuficientemente desarrollados el nacionalismo señalaba el camino y precedía al comunismo internacional. Para México, con su Revolución y su Constitución y con su necesidad de dar apoyo a Carranza, a Obregón y a los demás dirigentes, se trataba de un principio y de una teoría de acción política de la más alta importancia. Hacia esta época la Revolución mexicana había dado origen también a un programa socialista no marxista, es decir, libre de las teorías marxistas.

Ciertos extranjeros, o mejor dicho, ciertos intermediarios de origen norteamericano, como Robert Haberman y Lynn Gale, debieron enfrentarse a la oposición del socialismo criollo que venía de Yucatán, Veracruz y Morelos. Agrarios más que proletarios en su programa y en el carácter de su dirección, tales movimientos mexicanos estaban ganando adeptos entre las masas y aun entre los intelectuales. La semilla del marxismo no prosperaba en ese terreno. Sin embargo, para los críticos más severos de todo tipo de socialismo, tanto el socialismo marxista como ese socialismo mexicano se englobaban bajo la odiada rúbrica de "bolchevismo". Ambos se confundieron también en la investigación que por la misma época realizó la legislatura del Estado de Nueva York (empeñada en localizar las manifestaciones de radicalismo y de subversión) sobre "El socialismo en México, la América central y Sudamérica".<sup>5</sup> El comité "anti-rojo" del Estado de Nueva York, establecido después de la primera guerra mundial, informó lo siguiente:

Con una sola excepción, en México la situación es aún menos propicia que en la Argentina para la organización del movimiento obrero y para el socialismo teórico con él relacionado. Sin em-

bargo, en un estado mexicano, Yucatán, muy avanzado desde el punto de vista industrial, ha existido durante varios años un gobierno socialista, que ha incluido elementos comunistas... El movimiento socialista de México se dividió con motivo de la convención del partido socialista en el otoño de 1919, durante la cual una facción se emancipó y se convirtió en el partido comunista. El rompimiento se atribuye a la desmedida influencia ejercida por los representantes de la American Federation of Labor en México, quienes son también miembros del partido socialista.

Estas líneas se refieren probablemente a la posición fuertemente anticomunista de Samuel Gompers y de Luis Morones. Según algunos observadores, que confundían manifestaciones de muy diversa índole, el presidente De la Huerta se había declarado "marxista socialista del tipo Kautsky".

Por absurda que resulte esta mezcla, no es, sin embargo, tan sucia ni tan intencionalmente oscura como los deliberados y malévolos esfuerzos de ciertos conservadores extremistas—como Jorge Vera Estaño!— que aplican el término "bolchevique" al régimen de Carranza. Como ocurriría unos años más tarde con los periódicos de la cadena Hearst en los Estados Unidos y con los comités del Congreso de hacia 1920 y años posteriores, al enfrentarnos al marxismo, al comunismo y a las actividades del Comintern en México, nos encontramos con una mezcla confusa de documentación, con testimonios muy vagos y con la costumbre de aplicar las designaciones de la manera más caótica. Casi todos esos testimonios son de valor nulo: no son historia.

CUANDO LLEGÓ a México el auténtico marxismo-leninismo, una de las tareas encomendadas a esta ala revolucionaria fue dirigir y estimular la agitación en la América central. México y su capital, como si se hubiese reconstruido un "virreinato bolchevique", eran el núcleo de soberanía para Guatemala y toda la América central, como lo habían sido durante el período colonial, y el área de influencia intelectual mexicana, situada a lo largo del Caribe, daba a los mexicanos prestigio en ese estratégico y geo-económico mar. Como si en México mismo no hubiese suficiente trabajo para

ellos, se pedía a los comunistas que llevaran sus doctrinas y su propaganda de partido a Guatemala.

Sin embargo, si queremos obtener la información necesaria para describir y comprender esta rama de la actividad del Partido, tenemos que acudir nuevamente a aquellas fuentes inseguras, con peligro de caer en graves errores. En la amplia sección que se ocupa —casi siempre superficialmente— del socialismo en México, la América central y Sudamérica, el Comité legislativo del Estado de Nueva York sacó a luz la noticia de que “el centro más importante del bolchevismo en la América central es Guatemala”. El líder de la “Liga Roja” guatemalteca era, según se decía, el general Alvarado (*sic!*), “quien anteriormente fue gobernador de Yucatán y es entusiasta adepto de Lenin. Apoyó el movimiento bolchevique en Yucatán”. Los norteamericanos creían también que Adalberto Tejeda, el famoso gobernador de Veracruz, era socialista, sin importarles demasiado que fuera marxista o no. En cuanto al Sudeste de México, el cuerpo legislativo norteamericano denunció el hecho de que la “amenaza roja” del día, Felipe Carrillo Puerto, había emprendido dos años antes una campaña evidentemente destinada a conseguir la alianza de las naciones centroamericanas y de dos o tres estados sureños de México para formar con ellos una sola y gran república. Esto se hacía bajo la égida de un movimiento político llamado “Club Unionista”, y “su propósito era, desde luego, el comunismo soviético”.<sup>6</sup>

Las DOCTRINAS y los acontecimientos que jalonan la historia del marxismo mexicano, siguiendo sus propias conexiones entre teoría y práctica, se agrupan en tres etapas principales: en primer lugar, la aparición del marxismo revolucionario en el debate anarquista-socialista-comunista de 1919; en segundo lugar, la creación de ligas de campesinos y del “movimiento del inquilinato” en 1922, año en que se celebró el primer congreso del Partido Comunista de México; y en tercer lugar, el reconocimiento de la Rusia soviética por México, en 1924.

Ya nos hemos referido a los acontecimientos de 1919. Aún

puede trazarse un cuadro más amplio recurriendo a la perspectiva y al punto de vista parcial de Lynn Gale, quien se esforzó activamente por ganarse a los mexicanos Francisco Cervantes López, Adolfo Santibáñez y Enrique Arce, dirigentes socialistas. Los socialistas se habían opuesto al "anarquismo lírico" de los hermanos Flores Magón, y Cervantes López, secretario de la oficina del partido socialista en México y uno de los principales colaboradores de *El Socialista: Órgano del Partido Socialista de México*, había afianzado su fama de marxista después del violento debate sobre marxismo que sostuvo con el director de *Excélsior*. Gale, que era amigo de Santibáñez, Arce y Cervantes López, hizo cuanto pudo para lograr un progreso y sobre todo para "cooperar con el gobierno mexicano en la medida de lo posible". Esto era a comienzos de 1920, cuando Obregón se hallaba en peligro. Era más difícil vencer los conflictos que se presentaron pronto al marxismo, o sea la vigorosa supervivencia de los sindicatos, que las diferencias intelectuales con respecto al socialismo. Los norteamericanos, que acababan de luchar en su país por la I.W.W., intervinieron en México para imponer una línea de acción política y dirigir la táctica económica y sindicalista.

En 1922, después de enconadas polémicas, expulsiones y otras armas pesadas del marxismo, se habían creado muchas transacciones y nuevas direcciones. Superando la confusión que había hecho proclamar la necesidad de una "solidaridad industrial, no de victorias electorales", se llegó a un plan de acción opuesto, que originó demostraciones rurales y la organización de los peones en ligas de campesinos. Quienes escribieron: "Sabemos más acerca del hombre del Pedregal que acerca de los orígenes del socialismo en México",<sup>7</sup> hubieran podido incluir en esta frase los años que siguieron a la aparición del socialismo mexicano.

El descubrimiento marxista de los campesinos se impuso forzosamente a la atención de los dirigentes políticos intelectuales por las exigencias mismas de los campesinos mexicanos, el programa de la Constitución, la actividad de Zapata, la legislación militar de Carranza y las expresas intenciones de Obregón. Pero también influyeron las experiencias de

Lenin y de los dirigentes soviéticos con las masas rurales y campesinas.

En ambos países se hallaban separados los campesinos del proletariado. Como los estados de Morelos y de Yucatán, productores de azúcar y de henequén, respectivamente, estaban dominados por dirigentes no marxistas (Zapata y Carrillo), los marxistas descubrieron en Veracruz una situación que trataron de convertir en modelo. Aquí era donde podían enfrentarse a una situación agraria y rivalizar con sus competidores criollos.

El punto culminante de la influencia marxista sobre los campesinos mexicanos fue el "movimiento del inquilinato" de 1922. No tardaron en venir los desórdenes estudiantiles, que dieron lugar, entre otras cosas, a la aparición de nuevos líderes, como Úrsulo Galván y Rafael Carrillo, a quienes en un principio hicieron sombra ciertas figuras de artistas e intelectuales como Rivera, Siqueiros, Xavier Guerrero, dentro de su propio círculo, y los semi-mitos que rodeaban a los héroes campesinos Zapata y Carrillo. El inquilinato de Veracruz se inspiró en la ley inquilinaria promulgada en Yucatán por Carrillo Puerto,<sup>8</sup> pero las manifestaciones no tardaron en amalgamar los objetivos económicos con una serie de estímulos emocionales, patrióticos, religiosos, marxistas, sindicalistas y militares. Aunque los comunistas no provocaron y ni siquiera dirigieron la demostración, de acuerdo con Mario Gill, sí participaron en ella, y Galván se sirvió de la experiencia pasada para convertirse en portavoz oficial del marxismo ante las organizaciones de peones, ejidatarios y campesinos. Como Morones, la Federación Panamericana del Trabajo y la tradición sindicalista les habían impedido penetrar en los sindicatos, y como necesitaban de cierta fuerza para dar a su propaganda una aceptación sentimental paralela a la de Zapata y Carrillo Puerto, la situación de Veracruz les proporcionó una oportunidad única y un líder importante.

En 1923 y 1924 la política condujo también a la aclaración del marxismo táctico. Las elecciones de 1924 obligaron a los marxistas leninistas a puntualizar las diferencias existentes entre el marxismo y la Constitución mexicana de 1917 y a afe-

rrarse a ellas. Pero pudieron identificarse y se identificaron con tales diferencias y con la Constitución. Unos años antes, los comunistas como Gale habían considerado necesario y oportuno apoyar a los gobiernos "burgueses" (según decían) de Obregón y Carranza. Ahora juzgaron imprescindible allanar su confusión política dando apoyo a la candidatura de Calles en 1924. El año anterior, 1923, Úrsulo Galván y Rafael Carrillo habían ido a la Rusia soviética, y el comité ejecutivo de la Internacional comunista había enviado instrucciones al Partido mexicano. En su etapa final, el gobierno de Obregón había preparado el camino para el reconocimiento de la Rusia soviética por México y el de México por los Estados Unidos.

Las instrucciones de los marxistas de Moscú para 1924 reprochaban a los marxistas mexicanos los errores cometidos. La encíclica política recordaba a los camaradas de México las últimas decisiones tomadas y decía, sin más rodeos, que se esperaba que "se adhirieran estrictamente a ellas". La característica política marxista de calumnia y difamación había hecho ya que a hombres como Calles, Carrillo Puerto, Morones y Soto y Gama, todos ellos socialistas y sindicalistas, se les llamara "los Kerenskys, Eberts, Noskes y Scheidemanns de México". Pero ahora se adoptaba la maniobra del frente popular. La carta del 21 de agosto de 1923 instaba a los mexicanos a abandonar las tradiciones antipolíticas del anarquismo y a participar en las elecciones. Pero al mismo tiempo les advertía, de la manera más categórica, que no se valieran de la política para ser elegidos, sino para llevar a cabo una lucha en el seno de la sociedad. Se esperaba que esta tentativa fuera coronada con el éxito, como nos lo demuestra el consejo de que los candidatos fueran seleccionados y designados con el mayor escrúpulo, particularmente los miembros de la Cámara de Diputados. A los diputados, por cierto, se les pidió que renunciaran a una parte de sus honorarios en favor del comité central del Partido Comunista mexicano, de tal modo que un miembro del Congreso no recibiera sueldo superior al de un buen obrero.

En 1924, año de elecciones, salió a la luz *El Machete*. El panfleto recibido de Moscú ordenaba a los camaradas que

desenmascararan la democracia burguesa y reemplazaran los parlamentos y congresos con órganos proletarios (comités de fábricas, ligas de campesinos, soviets municipales, comisiones de campesinos y soldados). Sin embargo, el Partido Comunista y su prensa apoyaron públicamente al candidato de la Revolución mexicana.

EL AÑO ANTERIOR —1923—, los marxistas leninistas de México recibieron el encargo de manejar y dirigir los asuntos de Guatemala; es decir, ocurrió entonces efectivamente lo que el Comité legislativo del estado de Nueva York había sospechado, de manera prematura, en 1919-1920. La tarea encomendada a los mexicanos consistía en introducir el comunismo en toda la América central, pero especialmente en Guatemala. El encabezado "El Partido Comunista de México y los países oprimidos de la América central" precedía a un título más revelador: "Liga de Repúblicas Centroamericanas de Obreros y Campesinos." Bajo los principios centralistas de las prácticas marxistas leninistas, según se practicaban en la U.R.S.S., los mexicanos recibieron las siguientes instrucciones: "Es un deber del Partido Comunista de México anunciar este lema, con todo el fervor revolucionario, a las masas oprimidas de la América central. Es preciso preparar un programa de trabajo y de acción, de acuerdo con el Partido Comunista de Centroamérica [recién fundado en Guatemala] y con el grupo comunista de Cuba." En otras palabras, lo que se pedía de los comunistas de la ciudad de México era que se convirtieran en lugartenientes de Moscú en la tarea de difundir la influencia y la táctica del marxismo en el Caribe y en Centroamérica.

Así, pues, la visión política que en estos momentos vinieron a tener los marxistas, coincidió, en cuanto a la geografía, con la jurisdicción teórica que habían tenido los virreyes coloniales de la Nueva España. Una vez más, el internacionalismo propio de la doctrina marxista tenía que contar con la realidad del nacionalismo y de la independencia. El "México burgués" no había tenido nada que ver con los asuntos interiores de Guatemala desde los tiempos de don Agustín de Iturbide. Pero estas órdenes exigían un imperialismo bolche-

vique y una cadena de mando cuyo primer eslabón seguía estando en Europa, aunque ahora, naturalmente, no ya en Madrid, sino en Moscú. Sin embargo, los marxistas mexicanos tenían ya bastante que hacer en México, y no les sobraba tiempo para intervenir en Guatemala. De hecho, no obstante todas sus actividades, estuvieron muy lejos de conseguir sus propósitos en la República Mexicana, donde el nacionalismo "siglo xx" introducido por la Revolución redujo drásticamente los deseos de imitar la Revolución rusa.

PERO ESOS DESEOS seguían siendo bastante fuertes en 1924. En las páginas de *El Machete*, recién fundado, Diego Rivera manifestó su desacuerdo con Carrillo Puerto, y el marxista alemán Alfons Goldschmidt publicó la primera de sus interpretaciones socialistas de las condiciones sociales de México, tratando al mismo tiempo de la manera de reformarlas. Otro tanto hizo el norteamericano Bertram D. Wolfe. *El Machete*, siguiendo las directivas del Comintern, apoyó decididamente a Obregón, y cuando a finales del año lanzó Calles su candidatura a la presidencia, los marxistas mexicanos, que trabajaban ya según los conceptos del "frente unido" (dados a conocer por Karl Radek y otros rusos), se declararon sus partidarios incondicionales. Los miembros de la "intelligentsia" mexicana sabían que, bajo Obregón y Calles, disfrutarían de libertad para llevar a cabo sus tareas, para imprimir su literatura y sus instrucciones, y aun para obtener pasaportes en caso de una visita a Rusia. El historiador Rafael Ramos Pedrueza, famoso por su interpretación marxista de la historia mexicana, pronunció un discurso, poco tiempo después de regresar de Rusia, en la ceremonia pública organizada por *El Machete* en 1925 para conmemorar la muerte de Lenin.

Es sorprendente lo poco que aumentó la fuerza del marxismo a raíz del reconocimiento de la Rusia soviética por México en 1924. Según todas las teorías y acusaciones, el marxismo, siendo propaganda, está en relación directa, por lo que se refiere a sus resultados, con la presión ejercida por la Rusia soviética. Sin embargo, en esta ocasión fue muy poco lo que salió ganando Rusia, y menos aún lo que consiguió el mar-

xismo mexicano. La que resultó más gananciosa fue probablemente la administración de Calles, como también las administraciones de años posteriores. En efecto, los comunistas mexicanos se vieron obligados a apoyar con mayor decisión al gobierno de la nación, en vista de que había otorgado su reconocimiento al gobierno extranjero preferido de ellos. Tal es la física social de la luz reflejada. Y, a pesar de la presencia de Morones en el gabinete, los comunistas recibieron el callismo, en 1924-1927, como una era progresista. Al temprano reconocimiento de la Revolución mexicana por el Comintern siguió ahora una serie de intercambios, pero no entre partido y partido, sino entre gobierno y gobierno.

LOS DOS PRIMEROS embajadores soviéticos en México presentan entre sí interesantes contrastes. Pestkovsky, el primero, era un hombre alto y de barba negra, que escribió una historia marxista de México.<sup>9</sup> Mucho más conocida es la embajadora Madame Alexandra Kollontay, aunque, por desgracia, es poquísimo lo que nos ha dejado escrito acerca de México. Sus intereses eran más bien de índole feminista y social; le preocupaban las cuestiones relativas a la mujer y a la familia, y sus puntos de vista leninistas deben de haber sido bastante provocadores en el católico México. Parece que estaba dotada de gran encanto personal, y siguió conservando sus amistades mexicanas hasta mucho después de haber salido del país.<sup>10</sup> A juzgar por lo poco que sabemos, Pestkovsky obtuvo mejores resultados que Madame Kollontay en la tarea de fomentar la simpatía mexicana hacia Rusia. Por lo menos, desplegó una actividad notable, que se tradujo sobre todo en un intercambio cultural entre Rusia y los intelectuales mexicanos. Pero, por otra parte, parece haber creado temores en cuanto a la presencia soviética en América, y especialmente en la ciudad de México, y esto hizo que muchos se desentendieran de tales intercambios, mientras otros comenzaron a sentir intranquilidad. Pestkovsky provocó una intervención demasiado directa en las cuestiones obreras de México y en los asuntos del partido de extrema izquierda, y su permanencia en México finalizó muy rápidamente.

La primera era del marxismo en México concluyó en 1925, cuando el gobierno de la República rompió las relaciones diplomáticas con Rusia. Una segunda esquila de defunción apareció en 1929, cuando fue declarado ilegal el Partido Comunista de México. Hacia 1925, el cambio de una era a otra puso a un grupo de gente nueva en primera fila. Gompers había muerto en 1924, y su Federación Panamericana del Trabajo se había extinguido todavía antes; Vicente Lombardo Toledano comenzaba a escribir acerca de los problemas obreros de México; el ferrocarrilero Hernán Laborde (recientemente fallecido) se iba destacando más y más entre los dirigentes marxistas leninistas, si bien Galván y Carrillo siguieron ocupando los puestos prominentes que ya tenían. Aunque el gobierno rompió las relaciones con Rusia, y aunque los comunistas andaban ahora de capa caída, las simpatías hacia el marxismo, por una especie de paradoja, habían aumentado de tal manera hacia 1925, que, como reacción contra la Iglesia católica en el período inmediatamente siguiente, muchas familias mexicanas "bautizaron" a sus hijos e hijas con nombres socialistas y marxistas.<sup>11</sup>

UNA COSA es presentar algunos de los hechos poco conocidos que se relacionan con el surgimiento de una de las ideologías más importantes del mundo moderno, y otra cosa es interpretar la decadencia de la misma fuerza dentro del mismo país. Los inciertos orígenes del marxismo en México ofrecen un marcadísimo contraste con la profundidad de las corrientes marxistas, de manera que la experiencia y la historia del país son bastante excepcionales, en particular por lo que se refiere a los años con que se inicia y termina el período que hemos estudiado en esta somera introducción al estudio del tema. El marxismo debió haberse dado un buen atracón en el banquete de la Revolución mexicana, pero no le fue posible hacerlo. Probablemente el hecho de que la Revolución mexicana haya llevado a cabo la histórica lucha contra el feudalismo agrario, sirviendo a la vez de introductora del capitalismo, hizo que el marxismo le resultara intragable. El caso es que la Revolución mexicana adquirió una vitalidad, una



originalidad y una serie de objetivos propios, y hasta adoptó un vocabulario que despertó ecos mucho más profundos en el suelo patrio que los *slogans* exóticos de Rusia y de China.

El marxismo tuvo en México sus líderes, desde luego, pero en cambio muy pocos secuaces. Los hechos no tienen vuelta de hoja. Podemos explicarlos en la forma en que lo hizo un prominente marxista-leninista norteamericano,<sup>12</sup> o bien podemos decir que México fue el primer país del hemisferio occidental que aprendió la manera de tolerar el marxismo y al propio tiempo el modo de arreglárselas con él. Para ser consecuente con la Revolución que acababa de realizar a costa de tanta sangre, México no quiso negar a los revolucionarios de una escuela diferente las mismas libertades cívicas y plenas que había conquistado para los obreros, los indios, las escuelas o la industria. En un país en que el marxismo no tenía ninguna base histórica bien establecida, el gobierno mexicano permitió y aun fomentó un clima de opinión que favoreció el nacimiento y el crecimiento de esa doctrina, y, así, no tardó en sentir soplar a través de su metrópoli los vientos del radicalismo norteamericano, asiático y europeo.

#### NOTAS

<sup>1</sup> El presente trabajo se leyó, en forma algo menos amplia, en la reunión anual de la American Historical Association (Washington, D. C., diciembre de 1955).

<sup>2</sup> Mario GILL, "Veracruz: Revolución y extremismo", en *Historia Mexicana*, vol. II (1952-53), pp. 618-636. Gill, que reconoce la escasa preparación histórica con que contaba el marxismo en México, dice que el interés por esta ideología se difundió a través de México a raíz de la Revolución de 1910, particularmente bajo la iniciativa del cervecero alemán Pablo Zierold, quien vino a México en la última década del siglo XIX y se estableció en Toluca. Zierold fundó el Partido Socialista en 1911, y divulgó la doctrina marxista para contrarrestar la influencia de la Casa del Obrero Mundial y del periódico *Regeneración* de los Flores Magón.

<sup>3</sup> Lynn A. E. Gale, propietario y director del *Gale's Magazine*, salió del estado de Nueva York en 1917, para escapar de un proceso a que se le iba a someter. Entre 1918 y 1921 fomentó la organización bolchevique en México mediante su periódico, sus discursos, la actividad desplegada en el partido y la labor realizada en las escuelas para obreros.

4 Acerca de estos acontecimientos véase Mario GILL, art. cit., y el *Gale's Magazine*.

5 *Revolutionary radicalism. Its history, purpose and tactics, with an exposition and discussion of the steps being taken and required to curb it, being the report of the Joint Legislative Committee investigating seditious activities. Part I: Revolutionary and subversive movements abroad and at home.* Vol. I, Albany, 1920. (Archivado el 24 de abril de 1920 en el Senado del estado de Nueva York).

6 *Revolutionary radicalism*, vol. II, pp. 1769-1771. Ni el monarquista Agustín de Iturbide ni el republicano Matías Romero trataron en serio de mexicanizar a Guatemala, pero los comunistas sí llegaron a hacer esfuerzos en este sentido, como luego veremos.

7 Luis CHÁVEZ OROZCO en la p. xvii de su introducción a J. M. González, "Datos para la prehistoria del socialismo en México", artículo recogido en la *Colección de artículos de José María González (Sastre)*, en *Documentos para la historia económica de México*, Secretaría de Economía Nacional, México, 1935.

8 Mario GILL, "Veracruz: Revolución y extremismo", art. cit., ha ensamblado en una vívida reconstrucción los escasísimos elementos históricos que se tienen. Pero los comunistas no tardaron en alardear de ser los autores de la situación creada en Veracruz, y dijeron que el tumulto de los inquilinos era "el mayor movimiento de masas organizado por el partido" hasta esos momentos. Véase el folleto *Strategy of the communists: A letter from the Communist International to the Mexican Communist Party*, published by the Workers' Party of America, Chicago [1923?]. Se trata de una carta fechada en Moscú, 1923, basada en un informe relativo al segundo congreso de los comunistas mexicanos, "and the verbal report of your delegates to the Session of the Communist Youth International". De esta fuente tomaremos algunos otros datos acerca de la historia del marxismo-leninismo en México.

9 Rafael RAMOS PEDRUEZA, *Lucha de clases a través de la historia de México: Revolución democrático-burguesa*, 2ª ed., México, 1941, se refiere en la p. 118 (y en la bibliografía) a "el historiador marxista Estanislao Petzkovsky en su *Historia de las revoluciones en México*". Sin embargo, jamás he visto este libro. Véase también el trabajo (mimeografiado) de Stanley Ross, *Communism in Latin America*, News Background, Nueva York, 1947.

10 Isabel de PALENCIA, *Alexandra Kollontay, ambassadress from Russia*, Longman's Green & Co., Nueva York-Londres-Toronto, 1947. Madame Kollontay escribía en 1946: "...los mexicanos fueron muy amables conmigo, y yo sentí mucha admiración por su país. Son un pueblo democrático y progresista". En 1945, Narciso Bassols, que llegó a ser embajador de México en Moscú, condecoró a Madame Kollontay con la insignia del Águila Azteca. Fuera de este detalle, y de una alusión a la prolongada

amistad de Madame Kollontay con don Jesús Silva Herzog, la biografía escrita por Isabel de Palencia no dice prácticamente nada acerca de la residencia de la Kollontay en México, que, por otra parte, fue sumamente breve.

<sup>11</sup> Mario GILL, art. cit., p. 635.

<sup>12</sup> William Z. FOSTER, *Outline political history of the Americas*, International Publishers, Nueva York, 1951, p. 318: "In coming late upon the scene, as it did in 1919, almost a decade after the beginning of the Revolution, the Communist Party [of Mexico] was unable to develop the necessary strength and prestige to give effective leadership to the whole revolutionary movement".